

ALGO MÁS SOBRE LOS CELOS¹

Freud considera a las experiencias infantiles que conforman el complejo de Edipo como una pieza fundamental para comprender no sólo la génesis y el contenido de las neurosis, sino también el contenido de representaciones del alma humana en su conjunto. En otras palabras, para el psicoanálisis el hombre está “habitado” por un niño pequeño; sus motivaciones anímicas no son otras que las del niño que una vez fue, con un nuevo ropaje.

En otra oportunidad (Chiozza, G., 1998c) sostuve que, más allá de la innegable realidad de estas vivencias, el complejo de Edipo constituye un *modelo teórico* con el cual Freud intenta comprender el psiquismo del hombre. Sostenía también que otros autores a partir del estudio de vivencias más tempranas crearon modelos alternativos. Si contemplamos al hombre desde los desarrollos kleinianos, ya no lo imaginamos “habitado” por un niño pequeño sino por un bebé de pecho. Nos representamos entonces, sus motivaciones anímicas como un sucedáneo de las vivencias del lactante frente al pecho materno. Desde el modelo desarrollado por Chiozza, en cambio, imaginamos al hombre como si fuera un feto que debe materializar su crecimiento siguiendo el modelo contenido en el ideal.

Sin embargo, existen situaciones para las cuales un modelo puede resultar más idóneo que los otros. Mientras que en el complejo de Edipo la parte más conflictiva esta dada por el vínculo ambivalente con el padre, en la situación pre-edípica el conflicto está dado por el vínculo ambivalente hacia el pecho. El bebé *envidia* al pecho que, con su capacidad de gratificarlo, lo hace sentir carente². No cabe duda que las

¹ El presente trabajo constituye una versión sintética de mi participación en la Mesa Redonda “Los celos” (Fundación Luis Chiozza, 8 de julio de 2005), donde, junto a ideas nuevas, retomé otras anteriores, expresadas en mi comentario al film *Toy Story* (2000), que hasta hoy, no habían sido publicadas. Dado el interés que suscitaron unas y otras ideas, me pareció oportuno traerlas nuevamente a la discusión poniéndolas, al mismo tiempo, a disposición del lector en esta publicación.

² El esclarecimiento realizado por Klein del papel estructurante que desempeña la envidia en el vínculo con el pecho materno constituye una de sus más significativas

representaciones pre-edípicas caracterizan mejor a la envidia que la situación edípica, de por sí triangular³. La envidia no es la representación más adecuada cuando queremos describir lo que el niño siente cuando ve que el padre posee a la madre; se trata de otro sentimiento, menos de carencia que de **exclusión**, para el que reservamos el nombre de “celos”.

Se trata de un sentimiento complejo que, a diferencia de la envidia, parece difícil de concebir fuera de una situación triangular. No es del todo algo que el niño siente en el vínculo con su madre, ni en el vínculo con su padre; es, sobre todo, algo que el niño siente *frente* al vínculo entre su madre y su padre. Dado que los celos guardan en su crisol, una parte importante de lo que hemos designado como las mociones básicas del complejo de Edipo, quizás no sería exagerado afirmar que **los celos son a la situación edípica como la envidia es a la situación pre-edípica**.

Sin embargo los pocos esclarecimientos que aporta el psicoanálisis sobre los celos no son suficientes para concederle a este sentimiento la misma estatura que posee la envidia a partir de los desarrollos kleinianos. El tema de los celos parece seguir esperando su autor.

Hace algunos años, al interpretar psicoanalíticamente el film *Toy Story* (Chiozza, G., 2000c) me surgieron algunas reflexiones que deseo retomar aquí; el film, según mi interpretación, trataba justamente de los celos que experimenta el niño frente a la llegada de un hermanito. Habitados al enfoque histórico-genético, solemos pensar que los celos hacia el hermanito son una resignificación posterior de los celos hacia el padre, primer rival en el complejo de Edipo. Sin embargo lo que pude comprender al analizar el film me movió a una consideración un tanto diferente. En los celos la expresión de la hostilidad del niño hacia el padre, se ve interferida por dos factores: a) el amor hacia el padre y el deseo de identificarse con él y b) el hecho de que el padre es más fuerte que el niño, de modo que una confrontación directa implica el peligro de

contribuciones al psicoanálisis, ya que este afecto, prácticamente, no figuraba en la paleta de emociones descripta por Freud.

³ Es cierto que podríamos decir que en el complejo de Edipo el niño envidia al padre, dado que él es su modelo de potencia; pero para este afecto las representaciones aportadas por Klein y, sobre todo, por Chiozza nos parecen más adecuadas que las propiamente edípicas. Pensamos que lo que el niño siente hacia el padre es una resignificación de lo sentido anteriormente por el pecho, en la lactancia, o bien por el ideal, durante la vida intrauterina.

la castración. Por lo tanto, en los celos edípicos, el odio hacia el rival aparece mezclado con el amor; el amor al padre y el amor hacia sí mismo o, si se quiere el temor al daño y la castración.

Ambos factores, en cambio, se hallan ausentes en los celos hacia el hermanito, de modo que la agresión se desarrolla más fácilmente y por lo tanto se vuelve más peligrosa y difícil de controlar⁴. Por lo tanto si queremos representar el drama de los celos, en su estado puro y en toda su magnitud, **la situación de “la llegada del hermanito” se nos ofrece como un paradigma más logrado que la situación edípica, ambivalente.**⁵

Considerar a los celos como una vivencia propia de la rivalidad fraterna nos permite, además, echar luz sobre algunos matices de este sentimiento, más difíciles de individualizar en la situación edípica.

Por un lado tenemos los típicos celos que experimenta el niño frente a la llegada del hermanito. Aquí cobra énfasis la vivencia de traición por parte del objeto amado; el niño descubre un aspecto de la madre que le era desconocido: la madre tenía deseos y necesidades que iban más allá del niño; en efecto, desea al padre (al coito) y al nuevo hijo. El niño se siente **insuficiente** frente a los deseos de la madre y se siente inseguro de poder conservar su amor. En este tipo de celos, inseguros del amor del objeto, tememos una futura traición y ser sustituidos por el usurpador, mejor dotado. La castración adquiere aquí el carácter de impotencia.

Pero podemos diferenciar un matiz distinto si nos representamos a los celos desde las vivencias del hermano menor; el recién llegado. En estos celos parece cobrar énfasis una vivencia diferente a la traición; el niño descubre en el vínculo de la madre con su hermano mayor un tiempo pasado anterior a su existencia. No se trata, como en el caso anterior, de descubrir una traición sucedida a sus espaldas, sino al descubrimiento de

⁴ Lo único que podría inhibir la agresión hacia el hermanito es el temor de que la agresión conlleve la pérdida de amor de los padres; sin embargo, es justamente ese mismo temor la fuente de los celos y la hostilidad hacia el rival.

⁵ Cuando los celos se dirigen al padre implican la negación, por parte del niño, de las diferencias entre su padre y él. Desde la rivalidad, el padre es para el niño un par; como un hermano. Esta negación de las diferencias entre el niño y el padre parece armonizar con los conceptos de Chiozza (1977a) sobre el malentendido del niño según el cual el padre gozaría de un privilegio del que el hijo carece.

la propia inexistencia. “¿Y yo *dónde estaba?*”, pregunta sorprendido el pequeño, al ver una foto familiar anterior a su nacimiento. Aquí la vivencia de castración adquiere la forma de **aniquilamiento**, de modo que estos celos no nos hablan del temor a la exclusión sino del **temor a desaparecer**. No es el sujeto que existe excluido y traicionado sino el sujeto que, al perder la mirada del objeto, pierde su propia existencia.

Aquí, cobra más relevancia el *pasado* del objeto amado, que la posible traición futura. Se trata de la situación del amante que no teme ser traicionado y sustituido, sino que no soporta el pasado amoroso de su amada. Mientras que el temor por la futura traición deja un lugar a la esperanza, lo sucedido en el pasado no se puede cambiar. **Si la situación del hermano mayor coincide con lo que clásicamente se ha descrito como celos eróticos, la situación que describimos para el hermano menor parece aludir a lo que se ha llamado celos simbióticos**⁶.

Otro de los esclarecimientos que me ofreció el análisis de *Toy Story* se vincula con otra vivencia que identifiqué como la vivencia opuesta del sentimiento de celos; su contracara. Si los celos implican tanto el deseo de tener, como el temor de perder la preferencia del objeto amado, para identificar la vivencia opuesta deberemos invertir deseos y temores.

Identificamos así, un *temor* a ser único: es el temor del niño pequeño a tener que satisfacer, él solito, todos los deseos de la madre. En otras palabras, es la amenaza de tener que enfrentarse con un maná destructivo (Chiozza, L., 1970k [1967-1969])⁷. Este temor engendra el *deseo* por la situación opuesta, es decir, el deseo de un compañero con quien poder compartir aquello que no se puede afrontar ni disfrutar solo.

⁶ Enfatizamos que no pensamos que sean afectos distintos, sino distintos matices de una vivencia compleja; matices que parecen cobrar relevancia cuando contemplamos los celos desde los distintos puntos de vista de los hermanos rivales. Evidentemente, no hace falta un hermano mayor para descubrir la existencia de los padres previa al propio nacimiento; por otra parte si tenemos presente que el niño ha estado unido con la madre desde que tiene memoria, para él, tanto el padre como el hermano mayor son siempre un intruso “recién llegado”. Por este motivo pensamos que la escena paradigmática para los celos es, en todos los casos, la llegada del hermanito.

⁷ Chiozza sostiene, además, que en esta diferencia entre la gran excitación de la madre y la pequeña posibilidad de satisfacerla del niño pequeño, nace la fantasía de pene pequeño en los varones.

Quizás en el reconocimiento de esta **necesidad de compartir** podamos encontrar el camino para mitigar los celos y deshacer el malentendido que este sentimiento lleva implícito.

Quisiera retomar un último punto de lo esclarecido en el análisis de *Toy Story*: Uno de los protagonistas (el juguete que según nuestra interpretación representa el hermanito recién nacido), convencido de ser un verdadero guardián del espacio, descubre que es un juguete al ver una juguetería llena de guardianes espaciales como él. Este descubrimiento lo sume en una profunda melancolía de la que sólo consigue salir al tomar conciencia de que hay algo que lo diferencia de los demás y lo hace único: lleva escrito en su bota el nombre de su dueño.

De esta secuencia extraje algunas interesantes conclusiones:

1) La vivencia de aniquilamiento implícita en las formas más regresivas de los celos adquiere la forma particular de la *indiferenciación*; el ser uno más, perdido y confundido entre la multitud. Sentimos celos cuando el objeto que con su mirada podría diferenciarnos de nuestros pares, nos “mata con la **indiferencia**”.

2) La mirada del objeto nos otorga *identidad* porque implica que el objeto nos inviste con sus ideales narcisistas (simbolizados en el film por el nombre escrito en la bota); recién entonces, pasamos a sentirnos únicos porque somos “el preferido”. En otras palabras, buscamos la mirada o preferencia del objeto porque ella nos permita constituir nuestra identidad haciéndonos únicos. Lo contrario, lo más temido, es la *indiferencia* que nos deja indiferenciados como uno más del montón.⁸

⁸ Quizás el símbolo elegido en el film del nombre escrito en la bota del juguete como “marca visible” pueda resultar fecundo para comprender, a la luz de los celos y de la necesidad de diferenciarse del montón, la costumbre de los tatuajes, hoy tan difundida. Hasta hace unos años atrás en occidente, esta costumbre era, al parecer, característica de marineros y presidiarios. Tanto unos como otros, están condenados a pasar largas temporadas viviendo indiferenciados entre pares uniformados, lejos de la mirada del objeto amado capaz de diferenciarlos de la multitud. El tatuaje, como marca en la piel que intenta concitar las miradas, quizá exprese esta necesidad de diferenciarse que parece ser propia del drama de los celos.

Tratando de encontrar una representación histórica para este aspecto más regresivo de los celos, me surgió la idea de vincularlos con la carrera “mortal” con la que comienza nuestra vida. Me refiero a la lucha por la supervivencia que emprenden los espermatozoides rivales, compitiendo entre sí, por la “preferencia” del óvulo. ¿Sería muy osado concederle algún papel en la matriz de los celos a esta vivencia que se halla en el límite entre filogenia y ontogenia, entre herencia y experiencia?

BIBLIOGRAFÍA

Chiozza, Gustavo, 1998c

“Consideraciones sobre una «metapsicología» en la obra de Chiozza”, en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, Luis Chiozza, tercera edición, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

Chiozza, Gustavo, 2000c

“Introducción al debate del film *Toy Story*”, en *Un psicoanalista en el cine*, Gustavo Chiozza, edición en preparación.

Chiozza, Luis 1970k [1967-1969]

“El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer”, en *Una concepción psicoanalítica del cáncer*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2001.

Chiozza, Luis, 1977a

“El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, en *Presencia, transferencia e historia*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2000.